

**Un canario y un  
americano en Cuba:**

# **Gregorio Fuentes y Ernest Hemingway**

**La Habana atesora viejas historias... y viejos  
personajes que aún viven para contarlas.**

**Pueblo de Cojimar, ciudad de La Habana. El canario Gregorio Fuentes balancea en un sillón sus noventa y cinco años bajo la sombra de un árbol cubano. Tres décadas como patrón del barco del escritor Hemingway lo hacen blanco de muchos periodistas. Ahora él habla y habla allí de su famoso amigo desaparecido; y por fin decide hablar también de lo suyo, de esta historia que Hemingway nunca conoció.**

## **El niño y el mar**

'Yo soy de Las Palmas, nací en la Isleta, y tenía seis años cuando mi papá, que era cocinero de un barco, murió en un accidente en altamar. Yo iba con él, siempre navegaba con él, y eso fue muy trágico para mí; lo enterramos en Río de Oro, pues estábamos cerca. Después regresé con los demás marineros a mi país, Islas Canarias.

A pesar de la tristeza no me acostumbraba a ser un niño de tierra, mi mamá tejiendo, yo deambulando por los muelles para oír sobre los lugares adonde iban otros, ¡y cómo hablaban de América! En el puerto lo mismo se oían historias de Venezuela, que de México, que de la zafra en Cuba, y empecé a decirme: 'qué va, yo tengo que ver todos esos lugares para que nadie me cuente'.

Por fin encontré la manera de navegar. Con un documento que me dio mi madre pude enrolarme como grumete en un velero español (donde trabajaba mi primo), que llevaría a La Habana semillas de papa, cebolla, ollas de barro... Salí de Las Palmas en 1905 para llegar al puerto de La Habana, donde decidí quedarme desde el principio, tenía la seguridad que desde Cuba podría viajar fácilmente a todos los lugares que quería ver. Cumplí ocho años en el muelle habanero de Caballería y no se lo dije a nadie, ni le di

importancia, porque mi cabeza estaba en otra cosa. ¿En qué? Natural, en mi fuga, tenía que escaparme del barco ya que el capitán no aceptaría dejar a su grumete en tierra extranjera, él respondía por mí ante las autoridades españolas y ante mi madre.

Empecé a tramar el asunto y me di cuenta de que necesitaba ayuda. Mirando a los estibadores descubrí al hombre que me hacía falta; ¡verdad que la inteligencia que uno tiene de niño es algo grande!, porque el hombre no me falló. Era un paisano cuarentón a quien le dije: 'Tengo que hablar con



Marco Bischof

Gregorio Fuentes, el canario de 96 años que compartió aventuras maríneas con el escritor Hemingway. Salió de Las Palmas como grumete en 1905.

usted, pero en secreto', y le expliqué mi plan. El estaba temeroso y me decía: 'eso tú no lo puedes hacer, eres muy niño'; y yo: 'mire, yo voy a hacer todo por quedarme aquí, pero necesito una persona que me ayude a esconderme hasta que parta el barco, y que después me indique qué guagua tomar, o qué camino, o qué bote... porque a este país yo no lo conozco nada'.

ario heredó el  
yate Pilar de  
Hemingway, y lo  
ó al museo del  
que existe en  
La Habana.



El hombre insistía que no podía ayudarme porque vivía al otro lado de la bahía, en Casablanca, y no habría bote que me quisiera llevar. Le aseguré que cruzaría a nado las aguas del puerto y se escandalizó: 'muchacho, que te comen los tiburones', 'No hay tiburón que me coma a mí, señor'; y le pedí que me explicara bien donde estaba su casa que esa noche, cuando los guardias estuvieran dormidos, o tomando ron, yo me tiraría al mar. Eso hice, esperé a que todos estuvieran borrachos, me amarré la ropa a la cabeza y me lancé a la bahía. Nadé sin pensar más que en alcanzar la otra orilla, y aunque el tramo era largo -y de verdad había tiburones- llegué sano al otro lado y todavía con fuerzas para correr hasta la casa del paisano; y lo más asombroso, parece que él sabía que yo iba a tener coraje para hacer aquello porque me estaba esperando despierto y nervioso, y me escondió en su casa.

Los del barco estuvieron buscándome una semana, la policía, mi primo, el capitán, los aduaneros... pero yo sin chistar del otro lado de la bahía. Por fin el capitán decidió que el velero tenía que partir, era imposible esperar más. En el listado de los tripulantes había un desertor: ese era yo.

**Gregorio tiene otras historias que contar, anécdotas de un libro famoso que le tocó conocer desde su génesis. Muchos piensan que Hemingway se inspiró en Gregorio para escribir la novela, pero la realidad es otra...**

### El viejo y el mar

"Cuando comencé a trabajar con Hemingway, en 1935, ya yo tenía el mundo recorrido, pero con él viví muchas cosas que nunca he olvidado. Una de ellas tiene que ver con su libro "El viejo y el mar", que después de ese libro fue cuando le dieron el premio Nobel. Aquella novela fue muy importante para Cojimar, este pueblo donde yo vivo todavía y donde



Marco Bischof.

Entre el juvenil ayer del retrato y el hoy, los años han ido labrado la orografía rugosa de su rostro, reflejo del paso de una larga vida de aventura marinera.

teníamos el barco. Verás como fue todo. Cierta día, antes de la Guerra Mundial, salimos de La Habana en el Pilar, que así se llamaba su barco, y fuimos rumbo noroeste a un islote que él había nombrado Cayo Paraíso. En altamar nos encontramos a un viejo y un niño que pescaban en un bote pequeño, como de diez pies, y habían enganchado una aguja inmensa, que veíamos volar. Era un peligro, porque sabíamos que no la podrían subir al bote y se la comerían los tiburones, tan lejos estábamos de la costa. Así que Hemingway me dijo: 'Vamos a ayudarlos, Gregorio', y nos dirigimos hacia ellos. Pero el viejo cuando nos vio empezó a gritar: "Yo no necesito ayuda, váyanse americanos de mierda". El hombre pensaba que le queríamos robar el pescado.

Hemingway insistía en darle auxilio, pero el pescador era terco y no paraba de insultarnos. Entonces preparamos una bolsa con algunas cosas de comer, galletas, leche, queso, refrescos... y yo me puse en el timón del yate nuestro y Hemingway desde la proa con la bolsa amarrada a un cordel la dejó caer en el bote del viejo. El niño la atrapó al vuelo, pero el viejo, aún tan atareado con la aguja nos gritaba: "No se han ido todavía, hijos de puta".

Cuando nos separamos un poco Hemingway tomó papel y lápiz y empezó a anotar todo, y después lo guardó en un cajoncito donde yo le ponía toda la correspondencia. Años más tarde escribió el libro, pero estaba algo angustiado por el título. Un día viene a mi casa y me dice: '¿Sabes que no he visto cosa como esa, que yo todavía no sé qué nombre le voy a poner a este libro?'. Y yo le dije: 'Pero, Papa, (aquí le decíamos Papa), parece mentira'. Y él: '¿qué, tú sabes algo?'. No; yo no sé nada, ni he leído todavía el libro, pero le voy a recordar y puede ser que usted tenga acierto. Se acuerda que aquel día salimos en el barco, y en pleno mar estábamos cuando encontramos al viejo y...'. No pude seguir porque enseguida el saltó y me dijo: 'Ya, no me digas más nada, El viejo y el mar'. 'Claro, Papa, íbamos por el mar y encontramos un viejo ahí'. Yo no soy un hombre con mucha instrucción de libros, pero él y yo nos entendíamos. Después del éxito de la novela se decidió hacer la película. Estuvimos más de un mes buscando al viejo pescador de la historia real para que trabajara en la película, pero no nos pudieron dar noticias. Creíamos que era de un pueblito llamado Cabañas porque a esa altura fue que lo vimos pescar, pero afuera, en el Golfo. Parece que cuando llegaron a la costa el pescador y el niño no comentaron nada de nosotros porque nadie nos pudo orientar. La película se hizo aquí, en este pueblo de Cojimar donde yo vivo. Hemingway insistió en que sólo trajeran de Estados Unidos los actores principales, el resto fue trabajado por pescadores cubanos de este mismo pueblo que ganaron veinte dólares diarios durante cuarenta días. Por ejemplo, la mayoría de las casas de esta calle la hicieron sus dueños con el dinero que ganaron en la película."

**Cuba había reunido a los dos extranjeros. Ambos nacieron en el mes de julio, uno de 1898, el otro de 1899, pero sus destinos y educación fueron muy diferentes. Ernest publicaba sus primeros relatos a los dieciséis años, Gregorio aprendía a leer y escribir más o menos a esa edad. Ernest llegó a ser premio Nobel de Literatura, Gregorio uno de los más expertos marinos del archipiélago cubano y mares adyacentes.**

### Un canario y un americano

Conocí a Hemingway en una circunstancia difícil para él. Se encontraba en un yate que había fondeado en cierta bahía de un pequeño islote cerca de la Florida, y recibió la noticia de que debía regresar con urgencia a Estados Unidos por asuntos de trabajo. El tiempo estaba muy malo, con mucho viento, y ellos no veían la manera de salir de aquella ensenada. En eso llegué yo con mi velero a refugiarme allí del temporal, él se



Marco Bischof.

A sus 96 años este hombre conserva su sangre caliente y la alegría de vivir, tal como lo demuestra en su actitud cariñosa con la autora de este reportaje.

quedó impresionado con las maniobras difíciles que yo hice para entrar. Me pidieron ayuda y yo les indiqué como tenían que actuar para salir de allí. Antes de partir me preguntó el nombre y el pueblo donde vivía en Cuba; parece que lo anotó porque cuando se compró el Pilar me buscó y me contrató. Desde entonces fui su empleado, era el año 1935. Me pagaba 250 dólares, siempre fijo los días 28 igual que a todos los que trabajaban para él. Pero entre nosotros existía algo más, en ocasiones me dijo: 'Tú eres yo y yo soy tú'; y por lo menos en el mar no teníamos diferencia, la misma comida, la misma ropa... Cuando navegábamos de noche él iba a mi lado, yo a veces le decía: 'Papa, porque no se recuesta que los demás duermen también', y él: 'no, yo no te dejo solo, además voy aprendiendo con esto'. Cuando la Segunda Guerra Mundial estuvimos con el Pilar patrullando las aguas del Caribe en busca de submarinos alemanes. Más tarde ambos nos fuimos a la guerra, él a Europa, yo al Pacífico con un barco americano; al Pilar lo guardamos en la bahía de La Habana, y se lo dejamos a un hombre que, por cierto, lo cuidó muy bien. Cuando el Papa se suicidó en 1961 me dejó en herencia este yate, y yo se lo doné tiempo después al museo que hicieron en su casa en la finca La Vigía, cerca de La Habana.

La mayoría de las veces navegábamos sin hablar demasiado. Conocía mi vida de aquellos años que trabajaba con él, pero no mucho de mi pasado, yo no le andaba con mis historias. Supo muy poco de mi infancia marinera, no se la conté. Sin embargo, es probable que lo hubiera hecho, porque un día me comentó que en 1962 íbamos a tener dinero de sobra para vivir tranquilos, ya que él iba a escribir sobre nosotros. No logró hacerlo porque se mató en 1961.

¿Cómo habría sido una novela sobre nuestras vidas? No lo sé, él era un famoso escritor y yo un hombre de mar, nos unían el cariño y muchas cosas vividas en las aguas cubanas, en la corriente del Golfo, en Cojimar en este país que nos acogió a los dos. Seguramente habría sido un libro emocionante y tal vez sí, podría haberse llamado así como tú dices: Un canario y un americano en Cuba."

Emma Romeu.